



Varia Historia

ISSN: 0104-8775

variahis@gmail.com

Universidade Federal de Minas Gerais

Brasil

Mailhe, Alejandra

"El laberinto de la soledad" del genio o las paradojas de El hombre mediocre

Varia Historia, vol. 29, núm. 49, enero-abril, 2013, pp. 197-216

Universidade Federal de Minas Gerais

Belo Horizonte, Brasil

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=384434841010>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

“El laberinto de la soledad” del genio

o las paradojas de *El hombre mediocre**

The genius’ “labyrinth of solitude”

or the paradoxes of El hombre mediocre

ALEJANDRA MAILHE

Departamento de Historia

Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Pesquisadora do CONICET

jjbalsa@isis.unlp.edu.ar

RESUMEN Este artículo analiza *El hombre mediocre* (1913) de José Ingenieros, atendiendo a algunas paradojas ideológicas y epistemológicas presentes en este ensayo. En particular, considera cómo el texto interpela al público masivo. Señala el intento de crear, en el lector, una identificación con los valores de la reducida minoría del mérito. Así Ingenieros confirma el papel directriz de la élite del talento, frente a un nuevo lectorado y electorado masivos (resultado de la reforma electoral de 1912). Este trabajo también advierte el modo en que el ensayo intenta integrar “filosofía ética” y ciencia. Esta integración de dos discursos hegemónicos, en disputa en la década de 1910, es pensada como parte de una estrategia de autolegitimación (científica, política y filosófica) del intelectual.

Palabras clave José Ingenieros, *El hombre mediocre*, elitismo, cultura de masas

* Artigo recebido em: 17/02/2012. Aprovado em: 28/05/2012.

ABSTRACT This article analyzes *El hombre mediocre* (1913) of José Ingenieros, paying attention to some ideological and epistemological paradoxes present in the essay. Specifically it considers how the text interpellates the mass audience. It points out the attempt to create in the reader an identification with the values of the small minority of the merit. In this way Ingenieros confirms the guideline role of the elite of talent in front of a new and massive readership and electorate (outcome of the electoral reform of 1912). This paper also informs about the way the essay tries to integrate “ethic philosophy” and science. This integration of two hegemonic discourses, in competition in the decade of 1910, is considered as a part of autolegitimation strategy (scientific, politic and philosophic) of the intellectual.

Keywords José Ingenieros, *El hombre mediocre*, elitism, mass culture

Este artículo analiza *El hombre mediocre* (1913) de José Ingenieros, atendiendo a algunas de las paradojas ideológicas y epistemológicas implícitas en este ensayo. En especial, considera la ambivalencia entre el elogio del genio contra el hombre mediocre, y la ávida búsqueda del público masivo (precisamente, del hombre mediocre que, gracias a su identificación “mimética” con los valores de la minoría del mérito, parece dispuesto a dejarse conducir por esta última). También se centra en el esfuerzo del ensayista por absorber el discurso de la “filosofía” (definida en base a un idealismo no metafísico), para integrarla al sustrato positivista dominante en la etapa previa del autor, produciendo una amalgama inestable (que se suma a las ambivalencias del bio-economicismo precedente). Su articulación entre filosofía y ciencia se inscribe en el marco de una estrategia de autolegitimación del intelectual, que busca integrar dos discursividades hegemónicas en disputa a lo largo de la década del diez.

En 1911, el gobierno de Roque Sáenz Peña le niega a Ingenieros su nombramiento en la cátedra de Medicina Legal en la Universidad de Buenos Aires (probablemente como respuesta a la oposición de Ingenieros a la reforma de la ley electoral, o por presiones de la Iglesia católica). Como protesta, Ingenieros renuncia a todos sus cargos, denuncia la injusticia en una carta pública al Presidente de la nación Roque Sáenz Peña, y se autoexilia en Europa hasta 1914.¹ Esa estadía en el exterior acompaña el desarrollo de un giro epistemológico con respecto a su etapa conceptual previa, sesgada por el positivismo bio-economicista que había desplegado especialmente en

1 Ingenieros solo regresa a Buenos Aires en julio de 1914, cuando Sáenz Peña le cede la presidencia a Victorino de la Plaza.

el campo de la criminología. En efecto, *El hombre mediocre* (1913)² supone un abandono del tono y de los temas de esa etapa previa, en favor de una indagación filosófica en torno al problema del papel (psicológico, social, cultural y político) de los ideales en la vida individual y colectiva.

A pesar de este giro epistemológico y discursivo, Ingenieros mantiene la asignación de un papel rector a las minorías letradas (sosteniendo el mismo enfoque que presentan sus textos desde el período juvenil de *La Montaña* hasta sus intervenciones positivistas en los *Archivos de psiquiatría y criminología*).

En una clara resistencia a la autonomización de los saberes, *El hombre mediocre* despliega la figura del "genio" integrando religión, filosofía y ciencia, en la élite o la estirpe de los idealistas, bajo los modelos respectivos de Cristo, Sócrates y Giordano Bruno.³ El propio ideal presenta una duplicidad (racional y pasional al mismo tiempo) que recrea la (inestable) articulación entre filosofía y ciencia postulada a lo largo de todo el ensayo.

En *El hombre mediocre*, Ingenieros advierte que el ideal es patrimonio de una selecta minoría esclarecida que impone su esfuerzo "a las generaciones siguientes". Integrando - no sin conflictos - los vocabularios del positivismo y del espiritualismo, señala que los ideales son "faros" o "heraldos" que guían al hombre en su "peregrinación" evolutiva. Rechazando el idealismo dogmático de los metafísicos en favor de un idealismo experimental, insiste en que el idealismo no es incompatible con la ciencia porque la imaginación del futuro completa la experiencia del presente.

El mismo esquema evolucionista se aplica para pensar jerárquicamente el desarrollo de los ideales en la historia, pues éstos evolucionan, en la vida individual tanto como en la historia nacional, desde romanticismo juvenil - apasionado y artístico - , hacia el estoicismo de la madurez, más afín al racionalismo científico. De este modo, el concepto amplio de "ideal" le permite a Ingenieros armonizar movimientos filosóficos divergentes e incluso antagónicos tanto en la historia (romanticismo vs. positivismo) como en el presente (positivismo vs. espiritualismo).

Su gesto implica además un encubrimiento de la jerarquización interna en el marco de la cual la ciencia continúa asumiendo una posición de privilegio. De hecho, esa jerarquía se hace explícita cuando irrumpen la voz del psicólogo que, munido de su escarlape, se vuelca sobre el *continuum social*

2 Todas las citas de este trabajo remiten a la edición de INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*. Buenos Aires: Losada, 2008 (reproducción de la tercera edición, 1917). También hemos consultado la primera edición en libro, correspondiente a Madrid/Buenos Aires: Renacimiento, 1913. En la "Advertencia preliminar" de la tercera edición, Ingenieros señala que el ensayo reúne lecciones sobre psicología del carácter, dadas en su cátedra de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1910. Varias fueron editadas previamente en *La Nación*, entre 1910 y 1911, o reunidas en los *Archivos de psiquiatría y criminología* entre 1911 y 1912, antes de la primera edición en libro en 1913. A lo largo de este proceso, Ingenieros introduce diversas modificaciones en el texto, entre las publicaciones periódicas y la primera edición en libro, y entre ésta y la tercera edición de 1917.

3 Así, el hombre superior combina virtudes éticas, verdad filosófica y belleza. Al respecto ver por ejemplo INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.60 y 134.

que, como un cadáver, debe ser diseccionado para hacerlo revelar el secreto contenido en sus entrañas. En efecto, recreando la compulsión positivista por la clasificación de los sujetos (tan relevante en su etapa criminológica previa), Ingenieros separa a los hombres en base a dos grandes mundos morales opuestos: una aristocracia del espíritu formada por una minoría idealista de hombres en sentido pleno (libertarios inspirados por el “buen sentido”, con personalidad, individualistas pero generosos y marcados por el desinterés material), frente a una multitud de sombras (sesgadas por la mediocridad, y bajo la guía del “sentido común”, la inercia dogmática, el servilismo y el interés).⁴ En el hombre de genio, esa tensión entre individualismo y generosidad resulta imprescindible para sostener el papel rector de la élite del mérito, aislada por su eticidad superior y, al mismo tiempo, volcada a orientar paternal y desinteresadamente a las masas.⁵

En este sentido, su disección “científica” del hombre mediocre se aparta explícitamente de la exaltación filosófica del hombre “normal” en la perspectiva de Aristóteles, Pascal y Morel, pues Ingenieros condena la “normalidad” apelando tanto al positivismo lombrosiano como a la filosofía de Schopenhauer y a la estética de Flaubert (recatando el modo en que, desde una posición elitista, estos últimos rechazan la mediocridad dogmática del burgués “filisteo”).⁶ Otra vez, la integración de los saberes antagónicos de la ciencia y la filosofía ética supone el despliegue de una estrategia que busca potenciar la eficacia hegemónica del discurso propio, además de confirmar la genialidad de un yo superior, capaz de integrar el bien, la belleza y la verdad (asumiendo el espacio privilegiado del sabio que la secularización moderna ha heredado de la santidad religiosa).⁷

Gracias a esa lente taxonómica (que no deja de remitir a las clasificaciones científicas de la alteridad en *La simulación en la lucha por la vida*), el ensayista separa hábilmente la simulación hipócrita de los mediocres, respecto de la verdadera virtud de los hombres de genio.⁸ Y no es casual que se concentre especialmente en la mediocridad intelectual, ya que en esa esfera puede gestarse una amenaza más franca a la propia legitimidad del yo letrado.

En este sentido, *El hombre mediocre* implica un apagamiento de los componentes críticos y *a priori* democratizadores, contenidos previamente

4 El hombre mediocre corresponde así, plenamente, a la posición de subalternidad “natural” asignada por Ingenieros al “simulador mesológico” en el ensayo previo *La simulación en la lucha por la vida*. Ver INGENIEROS, José. *La simulación en la lucha por la vida*. Buenos Aires: Losada, 1996 (1903).

5 Este principio redimensiona además la solidaridad social, clave en la etapa bio-economicista previa de Ingenieros (por ejemplo, cuando en el cierre de *La simulación en la lucha por la vida* rescata la solidaridad humana que crea una cohesión compensatoria frente a la lucha despiadada – hobbesiana – por la supervivencia).

6 Ver INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.53-55.

7 Al insistir en que el sabio es un apóstol de la modernidad (por ejemplo en INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.141), el ensayo evidencia hasta qué punto no reniega de la religión, sino que más bien integra a ésta en una genealogía que la filosofía y la razón científica superan.

8 Por ejemplo en INGENIEROS, *El hombre mediocre*, p.102.

en *La simulación en la lucha por la vida*: allí el concepto de simulación social articulaba todas las relaciones sociales - de clase, género, raza, grupos profesionales y naciones - en la lucha por el poder, incluyendo por ende a los intelectuales entre las formas de simulación social (aunque éstos asumieran las formas superiores - más refinadas y menos violentas - cultivadas entre los "simuladores congénitos").⁹

Frente a esta difusión de la simulación social en todas las clases y grupos (que en ese texto previo conducía a pensar la simulación incluso como una estrategia activa de resistencia a la explotación, por parte de los oprimidos), en *El hombre mediocre*, en la medida en que el análisis se centra en la esfera de la cultura y de la ética, el ensayista refuerza las barreras jerárquicas para definir a los otros sociales desde la carencia absoluta de creatividad. En efecto, el hombre mediocre (próximo al "simulador mesológico" de *La simulación...*, pero ahora privado de toda estrategia de resistencia) es un sujeto pasivo, confinado a simular o reproducir los valores de la alta cultura, aunque sea intrínsecamente incapaz de experimentarlos de manera genuina. Así, la rígida jerarquía social se traduce en dos modelos antagónicos de recepción intelectual: frente a la respuesta creativa del hombre de genio, el mediocre (sobre todo en la variante más degradada del "rutinario vulgar") es una página en blanco, remedio del "hombre-carbono" en *Las multitudes argentinas* (1899) de José María Ramos Mejía,¹⁰ tan sensible a las impresiones como una placa fotográfica o un puro espejo vacío, pues

la lectura les produce efectos de envenenamiento. Sus pupilas se deslizan frívolamente sobre centones absurdos; gustan de los más superficiales, de esos en que nada podría aprender un espíritu claro (...). Tragan sin digerir, hasta el empacho mental (...). El atascamiento puede convertirlos en eruditos y la repetición darles hábitos de rumiante. Pero (...) las nociones mal digeridas sólo sirven para atorar el entendimiento.¹¹

Para Ingenieros, la desigualdad visible en la distancia entre el hombre mediocre y el genio (o entre el proto-hombre y el super-hombre nietzscheano) es positiva porque favorece el progreso. De hecho, ambos polos de la escala humana son necesarios para que la historia se desenvuelva en un equilibrio pendular entre dos tendencias antagónicas - de conservación y de renovación - que operan en la diacronía tanto como en la sincronía. Es más: como los ideales no son para Ingenieros sino anticipaciones de la experiencia futura, el hombre mediocre cumple con la "alta" misión de realizar en el

9 De hecho, el ensayista alude a sí mismo al remitir a su "Apología de la risa", publicada inicialmente bajo el pseudónimo de "Hermenio Simel", para probar su simulación "fumista" (propia de un super-hombre nietzscheano que apela a la risa como recurso paradigmático de su superioridad). Ver INGENIEROS, José. *La simulación en la lucha por la vida*, p.116.

10 Ver RAMOS MEJÍA, José María. *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires: Kraft, 1952 (1899).

11 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.76.

tiempo y en masa, los ideales pergeniados antes por los hombres superiores. Por ende, para Ingenieros el progreso se logra partir de la creación ideal por parte de una aristocracia del espíritu, y de la reproducción meramente refleja e imitativa de esos ideales, en la experiencia del hombre mediocre:

Los ideales de los hombres superiores permanecerían en estado de quimeras si no fueren recogidos y realizados por filisteos, desprovistos de iniciativas personales, que viven esperando - con encantadora ausencia de ideas propias - que el rutinario no ceda fácilmente a las instigaciones de los originales; pero su misma inercia es garantía de que sólo recoge las ideas de probada conveniencia para el bienestar social (...). Nordau llega hasta a decir con fina ironía: "Cada vez que algunos hombres de genio se encuentran reunidos (...), su primer brindis, en virtud del derecho y de la moral, debiera ser para el filisteo".¹²

Como contrapartida a esta comprensión de la "sana" función evolutiva que ejercen los mediocres, el ensayista también subraya la amenaza que los mismos representan por su actitud conservadora, vegetativa y prejuiciosa, y especialmente por el resentimiento social que acumulan en función de su posición de subalternidad natural. En esta dirección, diversas imágenes de *El hombre mediocre* reescriben el temor al magma social contenido en *La simulación en la lucha por la vida*, estableciendo así una continuidad ideológica evidente más allá del cambio de paradigma epistemológico. En efecto, el ensayista advierte que los mediocres se unen en multitud para rebelarse contra la individualidad de los genios. Reescribiendo implícitamente el temor a que la ampliación democrática (concretada por la Ley Sáenz Peña) cancele la legitimidad de las minorías del talento, el autor señala que, por debajo de los mediocres, se mueve una masa de hombres vulgares... deseosos, como Circe, de reducir a todo hombre ideal a un cerdo,¹³ pues "cuando se arrebañan son peligrosos. La fuerza del número suple a la febleza individual: acomúnanse por millares para oprimir a cuantos desdenan encadenar su mente con los eslabones de la rutina".¹⁴ Ingenieros apela a diversas imágenes que oscilan entre la animalización y la - aun más abyecta - dimensión amorfa, para sugerir la con-fusión que "los obliga a borrarse en una raza, en un pueblo, en un partido, en una secta, en una bandería: siempre a embadurnarse de otros".¹⁵ Así, las mismas formas de organización social que en *La simulación en la lucha por la vida* probaban la existencia de ciertos lazos sociales de solidaridad (compensando las formas hobbesianas de lucha por la vida, y estableciendo entonces una distancia infranqueable entre los mundos biológico y social) se transmutan aquí en pruebas empíricas de una masificación nefasta. Además, el "embadurnarse

12 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.63.

13 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.70.

14 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.67.

15 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.143.

de otros", propio de los hombres "de arcilla"¹⁶ o "de cera"¹⁷ pone en juego la pregnancia amenazadora de un "otro social" informe, capaz de borrar los límites del yo, fusionándose con él y fagocitándolo desde abajo.¹⁸

Entre las diversas figuraciones animalizadoras del mediocre, algunas presentan una cierta resonancia sarmientina (clave en un ensayo que erige a Sarmiento - y a Ameghino - en modelos del hombre de genio con el cual, veladamente, también se identifica el propio yo).¹⁹ Además, no es casual que, en el ensayo, las referencias históricas al asalto al poder por las masas resentidas remitan a las experiencias retrógradas de la Inquisición y del Terror,²⁰ pues para Ingenieros estos fenómenos conducen indirectamente al rosismo en la propia historia nacional.²¹ En este sentido, el texto deja abierto muy sutilmente el lazo fantasmático entre el autoritarismo masificador de Rosas y el de otros gobiernos posteriores (abriendo una estela que será potenciada poco después por los discursos sociales, en el marco del primer gobierno del "caudillo" Hipólito Yrigoyen).

Apelando a una serie de imágenes violentas que subrayan el temor a la castración simbólica de las multitudes sobre la élite meritocrática, Ingenieros denuncia incluso que "las fuerzas conservadoras que componen el subsuelo social pretenden amalgamar a los individuos, decapitándolos; detestan las diferencias, aborrecen las excepciones, anatematizan al que se aparta en busca de su propia personalidad".²²

Si bien el ensayista se esfuerza por calmar el temor a la amenaza (pues "el original, el imaginativo, el creador no teme sus odios: los desafía, aun sabiéndolos terribles porque son irresponsables"),²³ la devaluación de la alteridad se completa con la sexualización de los binarismos sociales, para hacer explícita la imagen fóbica de la castración y la decapitación simbólicas a las que aspira el mediocre, movido por una rivalidad envidiosa y destructiva, reactiva ante la virilidad cultural / moral del hombre superior.²⁴ Si lo femenino apenas tiene lugar en el ensayo para señalar el *minus* simbólico del "hombre mediocre" es porque todo el ordenamiento rejerarquizador del

16 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.145.

17 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.151.

18 Incluso Ingenieros llega a rescatar la idea aristotélica de incorporación de la sumisión como un estigma en la sangre. Así por ejemplo, señala que, en los países dominados por la raza blanca, los mulatos esconden su mácula de sumisión histórica, que han incorporado como un trazo de su propia personalidad servil. INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.154-155.

19 Así por ejemplo, advierte que el mediocre se ceba con el materialismo "como las fieras que conocen el sabor de la carne humana"; INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.58. Ese pasaje establece implícitamente una comparación con la barbarie desplegada narrativamente en el capítulo V del *Facundo*, cuando Sarmiento introduce a Facundo Quiroga a través de la anécdota de la confrontación con un tigre "cebado".

20 Por ejemplo en INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.78.

21 Ver INGENIEROS, José. *Sociología argentina*. v.VIII. Buenos Aires: Rosso, 1939; especialmente el capítulo "Los iniciadores de la sociología argentina".

22 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.26.

23 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.26.

24 "Las sombras viven con el anhelo de castrar a los caracteres firmes y decapitar a los pensadores alados, no perdonándoles el lujo de ser viriles o tener cerebro. La falta de virilidad es elogiada como un refinamiento, lo mismo que en los caballos de paseo"; INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.159.

ensayista debe desplegarse exclusivamente sobre la dimensión masculina del universal (en convergencia con la incorporación exclusiva de los varones en el marco de la nueva ley electoral).

En los límites inferiores de ese espectro social bajo, se encuentra una multitud de delincuentes, la escoria de la sociedad, un submundo cargado de connotaciones negativas (tanto religiosas y morales - ligadas al Infierno y al Mal - como biológico-sociales - ligadas a la degeneración-). Al bestializar este sustrato, en la enunciación del ensayista emerge un ensañamiento apasionado, afín a la obsesión de los trabajos criminológicos previos y que, sintomáticamente, desborda la medida “distinguida” dominante en el resto del texto:

Los delincuentes (...) divergen de la mediocridad, pero en sentido opuesto a los hombres excelentes (...). Son innumeros. Todas las formas corrosivas de la degeneración desfilan en ese calidoscopio, como si al conjuro de un maléfico exorcismo se convirtieran en pavorosa realidad los más sórdidos ciclos de un infierno dantesco: parásitos de la escoria social, fronterizos de la infamia, comensales del vicio y de la deshonra, tristes que se mueven acicateados por sentimientos anormales, espíritus que sobrellevan la fatalidad de herencias enfermizas y sufren (...) las miserias ambientes.²⁵

De este modo, *El hombre mediocre* procesa el sentimiento fóbico de las élites intelectuales ante el avance social y político de las masas. La combinación de argumentos científico-positivistas e idealistas parece responder, entre otras razones, a la necesidad de reforzar la dominación simbólica por medio de la acumulación de tesituras discursivas diversas e incluso antagónicas desde el punto de vista epistemológico, pero que - tal como prueba el ensayo - se revelan como compatibles desde el punto de vista político.

Opiniéndose tanto a la aristocracia oligárquica como a la democracia igualitaria, Ingenieros niega la igualdad al advertir que la mediocridad no puede ser abolida, ya que el mérito es la base natural del privilegio. Por eso opone la imitación del hombre-rebaño (incapaz de ideales) a la imaginación creadora de una selecta minoría idealista, emancipada de la multitud, que combina elitismo, moralidad, saber y juventud. En este sentido, apelando a un tópico de claras resonancias nietzscheanas, Ingenieros advierte que es necesario contener la mediocridad para evitar el gobierno de los mediocres. En la estela elitista del *Ariel* (1900) de José E. Rodó (desde una condena de la ampliación democratizante que en 1916 conducirá al radicalismo al poder), señala que la democracia es una mediocracia, y que el igualitarismo equivale a una reducción de los valores espirituales a meros valores materiales calibanescos.

25 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.122.

Ahora bien; esta condena conceptual del mediocre se despliega, paradójicamente, en un texto que interpela al mediocre; esto es, a las capas medias y a los sectores populares que conforman el nuevo lectorado y el nuevo electorado, puestos en una doble disponibilidad riesgosa: por un lado, ante las tentaciones más “bajas” del nuevo mercado cultural de masas (en expansión); por otro lado, ante las tentaciones de los nuevos discursos políticos que seducen al “pueblo”.

Un punto muy poco trabajado por la crítica especializada es, precisamente, el modo en que este ensayo apela al público masivo, en base no solo a tiradas abrumadoras, sino también a una serie de dispositivos textuales que moldean ese pacto de lectura para captar a la propia mediocracia que condena, intentando salvar a sus estratos (juveniles) más altos. Veamos.

Con un éxito solo comparable al precedente del *Ariel* de Rodó, en enero de 1913 la editorial Renacimiento lanza diez mil ejemplares del ensayo, y en abril del mismo año, la segunda edición pone a la venta otros diez mil. Bagú recuerda que, además, varios pasajes y hasta capítulos enteros del ensayo “fueron reproducidos en diarios y revistas de los países latinoamericanos y sus sentencias cortantes y firmes comenzaron a tener lugar permanentemente en los recuadros de sus páginas”.²⁶

Pero además de las cifras contundentes de las primeras ediciones (distribuidas por toda Hispanoamérica, confirmando una tendencia creciente del autor, de intervenir en el mercado editorial masivo),²⁷ el propio texto lleva implícitas las huellas de un pacto de lectura específico dirigido a interpelar a las capas medias y a los sectores populares recientemente escolarizados; esto es, al pueblo del cual es necesario depurar los componentes “bajos” (“serviles”, “mediocres”) que forman la multitud.

Diversos elementos prueban esa interpellación paradójica. Por un lado, en los momentos claves de la apertura y cierre del ensayo, Ingenieros apela a la segunda persona para crear una relación de intimidad didáctica entre el yo modélico y el lector. En ese marco se despliega una tensión - irresuelta a lo largo del texto - entre impulsar al lectorado (masivo) a introyectar los altos ideales, identificándose con el modelo del genio, y a expulsar a ese mismo lectorado respecto de la minoría selecta de la élite.

26 Ver BAGÚ, Sergio. *Vida ejemplar de José Ingenieros*. Buenos Aires: El Ateneo, 1953 (1936), p.139. Además agrega que, en Costa Rica, la Biblioteca “Ariel” reproduce, en 1914, la introducción (titulada “La moral de los idealistas”), en folleto. Cabe aclarar además que Bagú también afirma el carácter popular, juvenil e incluso transnacional del público del texto, y su función precursora del futuro movimiento estudiantil a nivel nacional y continental; ver BAGÚ, Sergio. *Vida ejemplar de José Ingenieros*, p.137-139.

27 Prueba de esta intervención en el mercado masivo es la edición del breve ensayo de Ingenieros *La moral de Ulises* en la colección de folletos populares “Ediciones Selectas América” (que incluye textos de Amado Nervo, Almáfuerte, Carlos O. Bunge y José E. Rodó, entre otros). *La moral de Ulises* constituye un verdadero texto de clivaje entre la etapa positivista de *La simulación en la lucha por la vida* y la de difusión ético-filosófica de *El hombre mediocre*, en la medida en que torsiona el concepto de “simulación social” para aplicarlo al análisis ético de un arquetipo pedagógico como el de Ulises, especialmente útil para ejemplificar el modelo del simulador astuto. Ver INGENIEROS, José. *La moral de Ulises*. Buenos Aires: Ediciones Selectas América, 1919.

Además de la interpelación directa del lector, el tono aforístico del texto (marcado por las máximas morales que recorren los capítulos) evidencia el esfuerzo del ensayista por fundar un lazo pedagógico, resacralizando la escena secular de la lectura de sus “sermones laicos”. El destinatario de su palabra profética es precisamente el público masivo que forma la mediocracia del universo democrático - recientemente ampliado - que el propio texto condena.

También reiteradamente Ingenieros apela a refranes y relatos populares, como la fábula del sapo envidioso de la luciérnaga, útil para exemplificar eficazmente el sentimiento de envidia.²⁸ Lo mismo sucede con las leyendas de la tradición grecolatina, que prolongan en el ensayo figuraciones de un arielismo ya epigonal para 1913 (por ejemplo, al recrear, por medio de una narración saturada de clisés, la tensión entre espiritualidad y utilitarismo burgués, a través del relato del duelo entre Pan y Apolo).²⁹ De este modo Ingenieros integra, en el seno de la argumentación “filosófica”, precisamente ese saber del “sentido común” que el propio texto condena como parte de la mediocracia (de la emergente cultura de masas).

El ensayo se burla de la sabiduría popular encarnada en el estereotipo de Sancho Panza - que solo se expresa por medio de refranes -,³⁰ o incluso invierte sus proposiciones corrigiendo “desde arriba” los errores del “sentido común” (por ejemplo, al cerrar el capítulo VI afirmando que “el diablo no sabe más por viejo que por diablo” y que “si se arrepiente no es por santidad sino por impotencia”).³¹ Sin embargo, el propio texto también acaba afirmando la validez de ese registro (por ejemplo, cuando advierte que las aptitudes con que se nace “Salamanca no las presta”).³² Incluso la estrategia argumental allí elegida (que tiende a la repetición obsesiva de las mismas premisas con variaciones) parece ir en busca de un lectorado popular compuesto precisamente por ese colectivo de “mediocres” que “pueblan su memoria con máximas de almanaque”³³ y que pueden ser ganados, no para devenir genios (dado que no pueden contradecir su naturaleza mediocre) sino para emular los ideales de la élite del mérito.

En este sentido, el ensayo despliega la propia paradoja que le adjudica teóricamente al hombre de genio, tensionado entre el rechazo de la multitud y la tentación vanidosa de perseguir su aplauso, pues el éxito no es sino el reconocimiento de los mediocres, peligroso por sus consecuencias mediocrizantes.³⁴ Si frente a este peligro el yo se erige en modelo de la resistencia estoica en favor del ideal, lo hace transigiendo con las exigencias retóricas,

28 Ver INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.177.

29 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.237.

30 Ver por ejemplo INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.210.

31 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.208.

32 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.275.

33 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.76.

34 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.94.

argumentativas e ideológicas del lectorado masivo que condena. Así, el ensayo interpela a la multitud para que no se parezca a la multitud, para que consagre el modelo del hombre superior, rindiéndole tributo aunque no pueda igualarlo, y para que, en el reconocimiento de la superioridad del superior, no se interponga el resentimiento amenazante sino la admiración pasiva que prolongue el respeto por las jerarquías.

La misma pedagogía de las capas medias puede entreverse en los recursos a los que apela el ensayista para legitimar el saber privilegiado del psicólogo en la clasificación del magma social. El hombre mediocre debe ser diseccionado en la mesa de autopsias del texto, para revelar el secreto contenido en sus entrañas; por eso el ensayista señala que

toca al psicólogo disecar su mente con firme escalpelo, como a los cadáveres el profesor eternizado por Rembrandt en la *Lección de anatomía*: sus ojos parecen iluminarse al contemplar las entrañas mismas de la naturaleza humana, y sus labios palpitan de elocuencia serena al decir su verdad a cuantos le rodean.³⁵

Así, remitiendo a una obra de arte del siglo XVII, consagrada y ya difundida en el imaginario de las capas medias argentinas, resignificada en el contexto de la medicalización de la sociedad en entresiglos. De este modo, el sujeto de enunciación se apropia de un clisé ya muy extendido para la década del diez (la escena pedagógica, también cristalizada por el arielismo), pero produciendo sobre ella una torsión que retrotrae esa pedagogía nuevamente hacia el campo “superior” de la “verdad científica”.

El afán didáctico, constante en el ensayo, prolonga tanto la herencia sarmientina (según la cual las ideas - y especialmente los dualismos - encarnan en manifestaciones sensibles)³⁶ como la concepción miserabilista del “hombre de multitud” en Ramos Mejía y en la psicología de las multitudes en general (sobre la marcada vulnerabilidad del hombre de multitud ante la fuerza sugestiva de las imágenes). Así por ejemplo, para reforzar la idea de un progreso idealista en la historia, positivamente contenido por las resistencias conservadoras, Ingenieros remata el primer capítulo apelando pedagógicamente a una imagen clisé (la nave que avanza, impulsada por la potencia de los hombres de genio, contra la presión del viento de la mediocracia), para así fijar materialmente significados abstractos de difícil aprehensión por la masa lectora.³⁷

Con igual sentido, el dualismo que opone la mediocridad conservadora a los ideales progresistas encarna en una serie de personajes arquetípicos, como Gil Blas, Sancho Panza y Tartufo, en contraste con Cyrano, el Quijote

35 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.51.

36 Sobre la encarnación de las ideas en manifestaciones sensibles, en la obra de Sarmiento, ver SAZBÓN, José. *Facundo: la vida de los signos*. In: _____. *Historia y representación*. Bernal: UNQ, 2002, p.245-273.

37 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.72.

o el Dr. Stockmann. Excepto este último caso, que remite a *Un enemigo del pueblo* (1882) de Henrik Ibsen (por lo demás, muy difundido en el medio local de esos años),³⁸ esta galería de arquetipos pone deliberadamente en juego un “sentido común” literario muy extendido entre las capas medias y los sectores populares recientemente escolarizados, reforzándose así la orientación masiva de la interpelación del ensayo.

En el capítulo final (“Los forjadores de ideales”), Sarmiento y Ameghino (e implícitamente el propio yo letrado) se ofrecen como genios magisteriales capaces de guiar a las multitudes que logren alcanzar el deseo de escapar de sí. Sus perfiles de guías de la juventud se trazan por medio de estereotipos, para insistir en la interpelación velada de los mediocres (de las medianías democráticas) como destinatarios.³⁹

No casualmente, cada vez que el ensayista se dirige al lector, en segunda persona, lo confina explícitamente al lugar pasivo de un discípulo dócil que se deja guiar: porque el receptor solo puede ingresar en el reino de los ideales si se somete a esa posición discipular, aspirando a salvarse del colectivo mediocre por educarse en los valores que el ensayo promueve (esto es, gracias a la introyección de su admiración por el genio). Por eso, para el lector (mediocre), la meta “trascendente” se reduce a la contemplación - bajo las formas de la conmoción afectiva y/o de la admiración racional - del arte, la filosofía y la ciencia... producidas por la minoría del talento.

Es más, la difusión de ideales es útil también porque ayuda a sublimar la envidia agresiva de los subalternos, inoculándoles la ilusión de aproximarse alguna vez al modelo superior, ya que

un ideal preserva de la envidia. El que escucha ecos de voces proféticas al leer los escritos de los grandes pensadores; el que siente grabarse en su corazón (...), su clamor visionario y divino; el que se extasía contemplando las supremas creaciones plásticas; el que goza de íntimos escalofríos frente a las obras maestras (...), y se entrega a la vida que palpita en ellas, y se commueve hasta cuajársele de lágrimas los ojos (...), ése tiene un noble espíritu y *puede incubar el deseo de crear* tan grandes cosas como las que sabe admirar.⁴⁰

Obsérvese en la cita - al igual que en los párrafos que inauguran el texto, en la “La moral de los idealistas” - el modo en que el ensayista subraya la posición pasiva de quien contempla el ideal, duplicando en los campos de la filosofía y de la ciencia el argumento por el cual es necesario que el nuevo lectorado (y con él, el nuevo electorado) preste su consenso sin deslegitimar

38 Ver por ejemplo la reflexión crítica, elogiosa del elitismo político implícito en esta obra de Ibsen, en “El Dr. Stockmann” de Ricardo Rojas. Ver ROJAS, Ricardo. *Cosmópolis*. París: Garnier, 1908, p.125-135.

39 Es interesante observar que, para salvar a Ameghino de sus propios errores paleontológicos, Ingenieros advierte que la imaginación es la facultad creativa por anotonmasia, que guía al genio hacia el ideal superior; INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.268.

40 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.177; la bastardilla es nuestra.

el orden jerárquico previo. Pues, tal como reza el final aforístico del ensayo, “enseñando a admirar el genio, la santidad y el heroísmo, prepáranse climas propicios a su advenimiento”.⁴¹

En el penúltimo capítulo, titulado “La mediocracia”, irrumpen finalmente la demorada crítica política que, en sordina, impulsa en gran medida la es- critura del ensayo. Bajo la democracia se acentúa la decadencia moral de las clases gobernantes, al tiempo que los mediocres se agrupan formando “piaras” de partidos y facciones que exigen una igualdad desmentida por la naturaleza.⁴² Duplicando en el campo de la política la teoría de la recepción desplegada en el resto del ensayo para la esfera de la cultura, Ingenieros advierte que solo el genio crea instituciones, mientras que el mediocre las respeta porque es impotente tanto para crear como para destruir. El progre- sivo advenimiento de la democracia es negativo porque expresa el gobierno de las medianías, desplazando al hombre extraordinario y contrariando por ende las desigualdades naturales.⁴³

Al anclar el texto en los registros populares, vulgarizando los saberes de la ciencia y la filosofía - amalgamados precisamente para potenciar su difusión -, Ingenieros deja entrever también su disputa con el emergente mercado editorial por la captación del nuevo público masivo. En este sentido, los dispositivos textuales arriba mencionados hacen sistema con el proyecto de Ingenieros de intervenir él mismo como autor y editor en el mercado de masas (por ejemplo, a través de la colección de “La cultura argentina” que, desde 1915, busca captar a ese lectorado recientemente extendido, y en especial a ese electorado que debe ser urgentemente educado en términos políticos). En este sentido, Ingenieros actúa la posición más amplia de una élite intelectual que no abandona su voluntad de dirigencia ideológica y cultural.⁴⁴

41 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.284.

42 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.222.

43 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.242.

44 Al respecto ver DEGIOVANNI, Fernando. *Los textos de la patria*. Rosario: Viterbo, 2007, p.215-308. Este autor observa cómo la colección de Ingenieros compite con “La biblioteca argentina” de Ricardo Rojas por la conquista del nuevo lectorado masivo y, consecuentemente, por la imposición de un modelo diverso de identidad nacional. La política editorial de Ingenieros se basa en un criterio no jerárquico de aproximación a la cultura letrada, a través de la edición de libros baratos con una tirada extensa y una red exitosa de distribución nacional. A lo largo de diez años, “La cultura argentina” edita 116 títulos de 70 autores nacionales, con un total de 132 volúmenes. Los prólogos agregados (muchos redactados por el propio Ingenieros) constituyen dispositivos textuales valiosos para observar el esfuerzo de este autor por ejercer una mediación magisterial entre las obras y el público masivo. Un elemento novedoso de la colección, además de prescindir de la dependencia del Estado, consiste en su concentración exclusiva en obras del pensamiento nacional, resistiendo el lugar privilegiado que en general le otorgan a la literatura los nacionalismos culturales del período (y aquí interviene la propia jerarquía gnoseológica de Ingenieros, que concibe la literatura y el arte como formas incompletas de conocimiento, frente a la mayor madurez del conocimiento sociológico). También Bagú subraya la importancia de esta empresa editorial en la difusión cultural: junto con la apertura al público masivo (por ejemplo en sus intervenciones de propaganda cultural en *Caras y caretas*) y el proyecto transnacional de la *Revista de Filosofía*, “La cultura argentina” se propone “poner en manos del pueblo de tres a cinco mil ejemplares por título” de obras poco difundidas y a un precio ínfimo, de modo tal que ““La Revista de Filosofía” y ‘La cultura argentina’ tuvieron en los países americanos de habla española una insólita acogida. Sus volúmenes recorrieron durante años un continente inmenso”; BAGÚ, Sergio. *Vida ejemplar de José Ingenieros*, p.146.

En cierta medida, la intervención activa de este autor en el mercado masivo es análoga a su absorción del espiritualismo, amalgamado con el científicismo: en ambos casos, la estrategia implica una anulación del antagonista mediante su incorporación controlada.

En el caso particular de la cultura de masas en expansión, esa voluntad de control puede leerse en los reiterados juicios de censura con que Ingenieros ataca el criollismo folletinesco que heroiza “peligrosamente” la figura del bandido popular, rural y suburbano, ejemplificado especialmente por el moreirismo.

En efecto, la condena de la literatura popular/criminal se encuentra desplegada en varias intervenciones de Ingenieros. Así por ejemplo en “La vanidad criminal”, incluido en *La psicopatología en el arte*, Ingenieros le da una importancia privilegiada a la prensa periódica y a la literatura de masas en la difusión de modelos criminales, admirados e imitables por el resto de la delincuencia y de los sectores populares en general:

Por el año de 1900, estimulada en la prensa y en el teatro, se produjo en Buenos Aires una epidemia de “moreirismo”. De tiempo en tiempo, en los suburbios de la ciudad, algún sujeto de la mala vida - como “El Melena”, “El nuevo Juan Moreira” y otros semejantes - agregaba a su traje habitual ciertos atributos de la antigua vestimenta gauchesca y decidía resistir a mano armada a las autoridades (...), cantando con voz desafinada algunas décimas “tradicionalistas” aprendidas en malos folletos poéticos (...); algunos cronistas policiales se ocupaban de hacerles buen reclamo en la prensa de mayor circulación, creando el ambiente criminógeno indispensable para que otros sujetos predispuestos se decidieran a imitar o simular el “moreirismo”.⁴⁵

Por ende, para este autor “los diarios colaboran eficazmente en la tarea de sugestión funesta; son laboratorios de apologías criminales” pues “el periodismo contemporáneo, obligado a completar su información y a complacer al grueso público que lo mantiene, necesita descender a estas transacciones con el mal gusto popular”,⁴⁶ alimentando así la vanidad de los delincuentes y la admiración popular por el delito. Y en la conferencia titulada “Psicología de Juan Moreira” (ofrecida en la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, y editada como resumen en *Archivos de psiquiatría y criminología*, v.IX, 1910), Ingenieros, basándose en documentos, aplica la teoría de Cesare Lombroso a la figura de Moreira, para definirlo “científicamente” como un anormal congénito y un delincuente nato sin sentimiento de nacionalidad. De este modo, insiste en su lucha por controlar el contenido

45 INGENIEROS, José. *Psicopatología en el arte*. In: _____. *Obras completas*. Buenos Aires: Rosso, 1939, vol. 3, p.148.

46 INGENIEROS, José. *Psicopatología en el arte*, p.168.

ético de la literatura de masas, desterrando en especial la heroicidad mítica atribuida a los delincuentes populares.⁴⁷

Ahora bien; para construir un vínculo des-mediocrizador del público mediocre, se hace imprescindible rejerarquizar internamente a ese lectorado, contrapesando la condena con el reconocimiento de algún sector, ubicado en una posición de privilegio, por encima de las mayorías aunque aún por debajo de la élite del talento. Por ello hay otro trazo que identifica de forma paradigmática al lector implícito que el ensayo busca interpelar: su juventud. Ingenieros advierte que existen razones biológicas y morales para oponer la genialidad juvenil a la atrofia mediocrizante de la vejez, de modo tal que la juventud constituye una garantía de la genialidad potencial. Este elogio de la fuerza creativa de la juventud (o mejor, de la convergencia entre juventud y élite del talento) implica *a priori* un destinatario juvenil: el estudiantado en proceso de formación universitaria (precisamente el mismo al que se dirige el curso de psicología que en 1910 da origen al ensayo).

Así, el texto coloca a los jóvenes (universitarios) en la posición privilegiada (y peligrosamente ambigua) de operar como clivaje estratégico entre la mediocridad y la meritocracia, recreando de este modo la pedagogía verticalista que, desde el *Ariel*, rige el juvenilismo.⁴⁸ En este sentido, es evidente que la interpellación de la juventud y el elitismo se potencian recíprocamente, al punto tal que el verdadero joven, en el sentido ingenieriano, solo es aquel que se inicia como miembro de la "selecta minoría" del mérito.⁴⁹

Al desplegar este tópico, insistiendo una vez más en integrar ciencia y filosofía, Ingenieros recurre a Lombroso, Spencer, Kant, Tolstoi y Nietzsche entre otros autores, para convertir esos nombres no solo en ejemplos de genialidad sino también en modelos biográficos de la decadencia senil. En efecto, el autor comprueba la mediocrización de la vejez citando esa galería de genios degradados por los años (en el caso de Lombroso, por ejemplo, la práctica del espiritismo en su adultez se ofrece como prueba de la decadencia mental mediocrizante, en contraste con la lucidez genial de sus primeros años como científico).⁵⁰

47 Sobre la resignificación polémica de la figura de Juan Moreira en el marco de la literatura y las ciencias sociales de entre siglos, ver LUDMER, Josefina. *El cuerpo del delito*: un manual. Buenos Aires: Perfil, 1999; especialmente p.227-300. Esta autora sitúa la visión ingenieriana del bandido popular en las antípodas respecto de la perspectiva heroizante previa, plasmada en el folletín de Eduardo Gutiérrez. En un sentido más amplio, sobre la censura de la intelectualidad argentina (aun de la progresista) ante la ampliación del mercado editorial (en el período inmediatamente posterior de la década del veinte), ver ROGERS, Geraldine. *Sufragio cultural*: lo masivo en revistas argentinas en 1920. S./l: s./ed., 2011 (mimeo).

48 Sobre el autoritarismo implícito en el *Ariel*, incluso como modelador de la voz magisterial en gran parte del ensayo latinoamericano posterior del siglo XX, ver GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto. El extraño caso de la estatua parlante: *Ariel* y la retórica magisterial del ensayo latinoamericano. In: _____. *La voz de los maestros*. Madrid: Verbum, 2001.

49 Ver especialmente PITA, Alexandra e BRUNO, Paula. 'Definiendo su propia emoción': una relectura de *El hombre mediocre* de José Ingenieros. In: WEINBERG, Liliana. (comp.). *Estrategias del pensar*: ensayo y prosa de ideas en América Latina, siglo XX. México: UNAM, 2010, v.I, p.207.

50 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.199.

En *El hombre mediocre*, el juvenilismo se combina con el esfuerzo de Ingenieros - arriba mencionado - por absorber el discurso antipositivista, como respuesta ante el creciente repliegue del positivismo hegémónico. En este sentido, a través de esa retórica eticista que interpela especialmente a los jóvenes (antes de que se vuelvan mediocres, según la doble ley - biológica y social -), el ensayo inaugura una serie de tópicos que, pocos años después, tendrán un papel clave en el marco de la Reforma Universitaria. En este sentido, Ingenieros no solo prolonga la aristocracia del mérito heredada de la tradición discursiva liberal-progresista previa: además, colabora en la emergencia de una nueva "estructura del sentir" (en términos de Williams),⁵¹ al erigirse en líder movilizador de las capas medias, intelectuales y juveniles, anticipando el tipo de liderazgo reformista que se difundirá en el continente desde 1918.

Sin embargo, incluso la obra posterior de Ingenieros mantendrá la misma articulación entre juvenilismo y elitismo, pergeñada desde sus comienzos criminológicos y reformulada ahora en clave idealista. En efecto, aun en los "sermones laicos" que componen *Las fuerzas morales* - un ensayo publicado al calor de la Reforma, entre 1918 y 1923 -,⁵² el autor continúa asignándole a la minoría ilustrada un papel preponderante como motor magisterial del progreso. Y tal como advierte Portantiero,⁵³ incluso gran parte de los discursos reformistas producidos por otros intelectuales quedarán presos de la misma herencia jerarquizante, potenciando así las contradicciones y los límites ideológicos de ese movimiento renovador.

Por otro lado, para dar cuenta de la tensión teórica entre "ser" y "poder" que rige la asimetría entre genios y mediocres (o entre "hombres" y "sombras"), Ingenieros despliega una concepción barroca de la dinámica social, ya presente implícitamente en su etapa positivista previa. De hecho, en *La simulación en la lucha por la vida*, las menciones reiteradas de Dante, Shakespeare, Molière o Quevedo, así como también una extensa cita del *Criticón* de Baltasar Gracián,⁵⁴ le permitían procesar la propia concepción nietzscheana de la "lucha por el poder" en términos de simulación social y, al mismo tiempo, ofrecían un cierto espesor "filosófico" accesible para el público masivo.⁵⁵ En igual dirección, el barroco vuelve a ofrecerse en *El hombre mediocre* como una suerte de cantera ideológica disponible tanto

51 Ver WILLIAMS, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1977.

52 Ver INGENIEROS, José. *Las fuerzas morales*. Buenos Aires: Losada, 1972.

53 Ver PORTANTIERO, Juan Carlos. *Estudiantes y política en América Latina*. México: Siglo XXI, 1978.

54 Ver INGENIEROS, José. *La simulación en la lucha por la vida*, p.69-70.

55 Por lo demás, la apelación insistente al barroco por parte de Ingenieros, para dar cuenta de "las máscaras democráticas del modernismo" - según expresión de Rama - también implica un temprano redescubrimiento del barroco como experiencia socio-cultural compleja y moderna, que será luego explorada obsesivamente por los intelectuales latinoamericanos en las décadas siguientes (de Ricardo Rojas a Bernardo Canal Feijóo en el contexto argentino, o de Manuel Gamio a Alfonso Reyes y Octavio Paz en México, entre otros muchos ejemplos). Sobre la expresión "máscaras democráticas del modernismo" ver RAMA, Ángel. *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Ángel Rama, 1985.

para reforzar una concepción barroca de la dinámica de la dominación, como para subrayar el anclaje deliberadamente masivo y transnacional de las referencias a la "alta cultura".

Las menciones insistentes de la filosofía, el arte y la ciencia europeas no solo implican la acumulación de ciertas marcas de prestigio, legibles como tales entre las capas medias y los sectores populares recientemente escolarizados: también permiten compensar la elusión deliberada de toda referencia a los discursos locales con los cuales veladamente *El hombre mediocre* entra en disputa. En efecto, Ingenieros no explicita los vínculos entre su condena del hombre mediocre y el elitismo espiritual contenido en otros discursos de fuerte impacto en el lectorado local de entre siglos, como el *Ariel* de Rodó o antes aun *Azul...* (1896) de Rubén Darío (que en ficciones como "El rey burgués" y "El sátiro sordo" organiza el dualismo "artista" vs. "burgués" que será reescrito luego por el joven Ingenieros de *La Montaña*).⁵⁶ Esta ausencia de diálogo con fuentes locales contrasta con la mayor presencia de referencias bibliográficas que remiten a - y/o polemizan con - el contexto rioplatense - además del internacional - en textos previos como *La simulación en la lucha por la vida*.⁵⁷ Es probable que, de este modo, el ensayo busque amortiguar la conflictividad implícita en el gesto de absorber la filosofía idealista y el espiritualismo, amalgamándolos con el sustrato positivista, todavía postulado como el saber jerárquicamente superior. Así, al exhibir sus lazos con el linaje positivista nacional e internacional previo (o con las generaciones liberales del - más remoto - siglo XIX argentino),⁵⁸ callando en cambio sus deudas con el espiritualismo contemporáneo (y en especial con el modernismo estético y filosófico), Ingenieros despliega una sutil estrategia de autolegitimación, para conquistar el mayor número posible de lectores de las filas positivistas ya ganadas, y del espiritualismo antipositivista en expansión creciente y por ganar.

Las figuras modélicas de Sarmiento y Ameghino, reivindicadas en el cierre del ensayo (como arquetipos que demuestran la adecuación local del genio universal), se completan sutilmente a través de la propia figura, no solo ascética y éticamente elevada, sino además superior por la integración de la filosofía y de la ciencia en una unidad trascendente.⁵⁹ En efecto,

56 Al respecto, ver por ejemplo INGENIEROS, José. Los reptiles burgueses. *La Montaña. Periódico socialista revolucionario*, 1897, Bernal, UNQ, 15/07/1897.

57 Al respecto, ver por ejemplo la larga cita de *Los simuladores del talento* de su maestro José María Ramos Mejía, agregada desde la tercera edición de *La simulación en la lucha por la vida* (INGENIEROS, José. *La simulación en la lucha por la vida*, p.107-109), o la nota referida a la categoría del "hombre-mamboretá" tomada de "La moral en la lucha por la vida" de Carlos Bacú (INGENIEROS, José. *La simulación en la lucha por la vida*, p.93-94). Esta última cita le es especialmente útil a Ingenieros para darle una inflexión local a la categoría universal de la "simulación mesológico".

58 En este sentido, ver por ejemplo INGENIEROS, José. "El pensamiento sociológico de Echeverría", "Las doctrinas sociológicas de Alberdi" y "Las ideas sociológicas de Sarmiento", en *Sociología argentina*, p.331-450.

59 Sobre la articulación inestable entre ciencia y ética en Ingenieros ver DOTTI, Jorge. *Las hermanas enemigas: ciencia y ética*. In: _____. *Las vetas del texto*. Buenos Aires: Puntosur, 1990.

al exaltar la conquista de la personalidad interior por el trabajo y el estudio solitarios, Ingenieros postula una autoidentificación de sí mismo tanto con el juvenilismo apasionado como con el estoicismo maduro. Y, junto con ellos, tanto con la filosofía espiritualista como con la ciencia positiva.

Esta exaltación de los ideales éticos y ascéticos, implícitos en la marginalidad solitaria del genio intransigente, supone una autolegitimación de la propia condición de “exiliado” (desde una autonomía ideal, por fuera - por encima - de la política, libre incluso para llevar a cabo una autoinmolación heroica).⁶⁰ Ese gesto implica, por contraste, una condena de los sectores de la élite intelectual que, por entonces, mantienen una relación de dependencia respecto del Estado. En este sentido, vale la pena recordar el combate que emprende Ingenieros contra figuras como Ricardo Rojas: bajo el rechazo ingenieriano del nacionalismo cultural hispano-indígena de este autor, puede entreverse no solo una diferencia conceptual, sino también una condena de las intervenciones culturales de los intelectuales en colaboración con el gobierno.⁶¹

En *El hombre mediocre*, esta condena explícita al involucramiento en la coyuntura política oficial converge con la introducción de una serie de mediaciones que colocan el ensayo, deliberadamente, muy por encima de una simple acusación pública a Sáenz Peña desde el exilio.⁶² Revisar algunas de las modificaciones introducidas por el autor entre 1912 y 1917 puede conducirnos a poner en evidencia su búsqueda tanto de un público masivo y de una amalgama superadora entre ciencia y filosofía, como de un ambiguo y problemático distanciamiento elitista respecto del poder. Veamos algunos ejemplos.⁶³

60 Sobre la relación de dependencia de algunos intelectuales argentinos de esta etapa, respecto del Estado, ver DALMARONI, Miguel. *Una república de las letras: Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*. Rosario: Viterbo, 2006.

61 Degiovanni recuerda que la negación de la cátedra de Medicina Legal a Ingenieros coincide con el nombramiento de Rojas como primer profesor de la cátedra de “Literatura Argentina” en la UBA. El rechazo de Ingenieros a las políticas culturales del nacionalismo se traduce en la edición de una carta pública contra Rojas (“Nacionalismo e indianismo”) editada en París en 1910, con motivo de la reedición de *Blasón de plata*. Allí Ingenieros cuestiona a Rojas no solo por cultivar una relación de dependencia respecto del Estado, sino también por privilegiar el linaje hispano-indígena por encima del inmigratorio, en la definición de la identidad nacional. Contra la defensa nacionalista de la vieja élite criolla feudal, Ingenieros embandera el progresismo encarnado por la nueva élite inmigrante, anticriolla y anticolonial. Al respecto, ver DEGIOVANNI, Fernando. *Los textos de la patria*.

62 Cabe recordar, tal como señalan Pita y Bruno, que generalmente *El hombre mediocre* se ha interpretado como una respuesta crítica contra Sáenz Peña (por ejemplo, ésta es la hipótesis de José Luis Romero en la década del sesenta, en *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*). En cambio, otros enfoques (como el de Juan Carlos Torchia Estrada, también en los sesenta) plantean la inauguración, con este texto, de una tríada de escritos moralistas (continuado por *Hacia una moral sin dogmas* y por *Las fuerzas morales*) que apunta a realizar un llamamiento ético de la juventud. Ver PITA, Alexandra e BRUNO, Paula. Definiendo su propia emoción, p.202. Previamente, Bagú señala que si bien la confrontación con Sáenz Peña interviene como motor de la reescritura del ensayo, en realidad el libro es una respuesta que trasciende con creces ese episodio coyuntural: “Buenos Aires pensó (...) en un panfleto inflamado contra un individuo y experimentó sorpresa al hallar en su lugar el sermón que después repetiría para los jóvenes de América”; BAGÚ, Sergio. *Vida ejemplar de José Ingenieros*, p.131. Por su parte, Terán sugiere que hay elementos de la confrontación coyuntural con Sáenz Peña que deben ser esclarecidos estudiando la correspondencia de Ingenieros. Ver TERÁN, Oscar. *José Ingenieros: pensar la nación*. Buenos Aires: Alianza, 1986.

63 Es evidente que una comparación sistemática de las primeras ediciones, en el marco de un trabajo minucioso de crítica textual, excede ampliamente los objetivos de este artículo. Nuestra intención es apenas considerar algunos

Si en 1912 los Archivos... editan algunas citas en francés, la tercera edición de 1917 apela a la traducción al español, para abarcar un lectorado más amplio que el culto especializado de la revista criminológica.

Además, los conceptos de “filosofía científica”, “naturalista” o “experimental”, empleados en los Archivos... en 1912 y en la primera edición de 1913, son sustituidos en 1917, en el clima inmediatamente precedente a la Reforma Universitaria, por la expresión más amplia y menos científico de “filosofía del porvenir”.⁶⁴ Además, la expresión “idealismo experimental”, presente en varios pasajes de la edición de 1913, es modificada en 1917 en favor de los términos “idealismo experimental y estoico” o directamente “idealismo estoico”, insistiendo en alejarse del neutro vocabulario positivista, para reforzar indirectamente la heroicidad ética del genio.⁶⁵

Por otra parte, algunas modificaciones suponen un apagamiento de la virulencia con que, en las primeras ediciones, cuestiona los principios de la democracia y la legitimidad de los partidos, en un ataque a la reforma electoral e incluso a la figura particular de Roque Sáenz Peña. Por ejemplo, en la edición de 1913, en el final del capítulo “Los arquetipos de la mediocracia”, Ingenieros señala:

Depositarios del alma de las naciones, los pueblos son entidades espirituales inconfundibles con piaras democráticas. Ninguna multitud es pueblo: no lo sería la unanimidad de los mediocres.

Aparece en los países que un ideal convierte en naciones y reside en la convergencia moral de los que sienten la patria más alta que las oligarquías, los partidos y las sectas.⁶⁶

En cambio, en la edición de 1917, Ingenieros advierte:

Depositarios del alma de las naciones, los pueblos son entidades espirituales inconfundibles *con los partidos*. *No basta ser multitud para ser pueblo*: no lo sería la unanimidad de los serviles.

El pueblo encarna la conciencia misma de los destinos futuros de una nación o de una raza. Aparece en los países que un ideal convierte en naciones y reside en la convergencia moral de los que sienten la patria más alta que *las oligarquías y las sectas*.⁶⁷

La sustitución de la expresión “piaras democráticas” por “partidos” y el protagonismo neo-romántico asignado ahora al pueblo diluyen sutilmente la

ejemplos que permitan reforzar nuestras hipótesis. Por lo demás, vale la pena señalar que hasta ahora este tema prácticamente no ha sido abordado por la crítica.

64 En este sentido, compárense las versiones diversas del mismo texto en INGENIEROS, José. *El idealismo ante la filosofía naturalista*. In: AA.VV. *Archivos de psiquiatría y criminología*. Buenos Aires, 1912, p.385; e INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.10.

65 Respectivamente en INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.33 y 32.

66 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*. Madrid/Buenos Aires: Renacimiento, 1913, p.275.

67 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.233; la bastardilla es nuestra, para señalar los cambios.

crítica antidemocrática. En 1917 Ingenieros ya admite que el pueblo necesita de la multitud, aunque exige que esa multitud no sea servil.

En la edición de 1913, en el apartado titulado “Demagogos y aristarcos”, Ingenieros afirma taxativamente que

el progresivo advenimiento de la democracia, desde el ignominioso escándalo de la Bastilla hasta el arrebañamiento actual de los lacayos en rebeldía, ha mentido la igualdad de los más para impedir la culminación de los mejores.⁶⁸

En contraste, en la edición de 1917, un Ingenieros más mesurado transforma la afirmación furiosa en una breve pregunta retórica (que el resto del apartado responde en su desarrollo, sin cambios con respecto al texto de 1913): “El progresivo advenimiento de la democracia, permitiendo la igualdad de los demás, ¿ha dificultado la culminación de los mejores?”⁶⁹

Más evidente aún resulta la supresión de la única nota al pie en el ensayo de 1913, que abre el capítulo “Los arquetipos de la mediocracia”. Allí el ensayista advierte que

así como para loar el genio ha elegido el autor dos ejemplares luminosos de su “patria”, Sarmiento y Ameghino, para caracterizar al arquetipo de las mediocracias ha encontrado un ejemplar perfecto en el actual presidente de su “país”. Lo que no es su intención ocultar.⁷⁰

Si ésta es una de las pocas e indirectas referencias a Sáenz Peña en 1913, los cambios de escritura y supresiones posteriores insisten en que el discurso se sitúe por encima de la coyuntura “mediocre”. Ese borramiento de las referencias asegura una ampliación del lectorado por encima de los límites partidarios y de las fronteras nacionales, asegurando además la vigencia filosófica - y acaso transhistórica - del ensayo.

Pero a la vez supone una confirmación displicente de la propia genialidad, distante y solitaria. Y en este sentido, la relación “anagramática” que teje constantemente el texto entre “demo-cracia” y “medio-cracia” encuentra su doble complementario en la relación que traza, sin querer, el propio nombre propio de “In-genieros”, al contener, en anagrama, al genio.⁷¹

68 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*. Madrid/Buenos Aires: Renacimiento, 1913, p.253.

69 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*, p.242.

70 INGENIEROS, José. *El hombre mediocre*. Madrid/Buenos Aires: Renacimiento, 1913, p.265. Obsérvese, en esta cita, el uso irónico de las comillas para referirse a la Argentina, enunciadas en el contexto del resentido autoexilio del autor en Europa.

71 Según el Diccionario de la Real Academia Española (www.rae.es), “ingeniero” deriva de las expresiones en latín “genium” e “ingenium”. “Ingenio” remite a la facultad extraordinaria del hombre para discurrir o inventar cosas. Por su parte, “ingeniero”, en su segunda acepción, no alude al hombre que inventa objetos (por ejemplo, máquinas de guerra, según el uso registrado tempranamente por Nebrja), sino al hombre que discurre con ingenio. Acepciones semejantes se registran para términos equivalentes en italiano. Es importante destacar que el cambio de apellido (de Ingegnieri a Ingenieros), efectuado por el autor probablemente para adecuarse mejor al medio nacional, pone en evidencia cierta preocupación por las connotaciones del nombre propio, lo que refuerza nuestra sugerencia de un juego anagramático – involuntario - entre la identidad del yo y el papel del genio.